

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8716

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes 14 Noviembre 1890.

AFAMADOS CHOCOLATES SUIZOS DE PH. SUCHARD NEUCHATEL.

En la tienda de D. Alejandro Córdoba, se ha establecido el depósito único en esta ciudad de los CHOCOLATES SUIZOS al gusto español (garantizado puro cacao y azúcar) á los precios de 4, 5, 6 y 8 reales los 460 gramos.

CALLE MAYOR, 38.



NAVARRO
19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

APUNTES SOBRE LA DURACIÓN DE LA VIDA.

Ha pocos días tuve ocasión de leer en una obra francesa algunos datos estadísticos sobre la duración de la vida humana.

Por estos datos puede deducirse con la lógica inflexible de los números qué influencia ejercen los medios civilizadores en el desarrollo y mejoramiento de la vida.

Ahora bien; hay sobre este asunto, en la opinión común, errores tan arraigados como desprovistos de fundamento; y como no es indiferente pensar en tal ó cual sentido con respecto á esta cuestión, sino que el orden de ideas que sobre el particular tenemos afecta muy directamente á la vida misma, de aquí la conveniencia de divulgar esos datos y desvanecer estos errores.

Ya el ilustre P. Fejjó á primeros del siglo pasado clamaba con toda su erudición y talento contra la preocupación, ya entonces generalizada, de que la vida del hombre va siendo á través de los tiempos cada vez más corta; que en otras edades se vivía más y mejor, y por consiguiente, parecía de esto deducirse que lo que llamamos cultura y mejoramiento de los pueblos no mejora ni aumenta la duración de la vida, sino, por el contrario, la atrofia y disminuye, marcando en ella progresiva decadencia.

En estos ó parecidos tonos se oyen hoy, como en tiempos de Fejjó, lamentaciones de gentes que creen y sostienen á modo de protesta que la vida decrece en la proporción que la cultura aumenta. Y resulta de aquí que unos, por desconocer simplemente el asunto y otros, acaso los más, por aversión y despego al medio social en que viven, proclaman que la cultura y época presentes son contrarias al buen desenvolvimiento de la vida.

Mas esas lamentaciones y protestas son pura sensiblería y nada más. Los hechos y los números son más decisivos, más categóricos que todas las disquisiciones que sobre el particular puedan hacerse, y ellos dicen que es falso de toda falsedad que la vida decrezca con los tiempos, ni que en otras edades se haya vivido más y mejor. Veámoslo.

Desde luego no hay, entre los historiadores de las edades más remotas, incluyendo todos los griegos y romanos, no hay uno siquiera que nos hable de razas ni generaciones de hombres que hayan vivido más allá de los 100 años. Luciano, en su obra especial sobre este

asunto titulada *Macrobis*, discurrendo largamente sobre la vida en la antigüedad, ha encontrado que el término extremo de la vida humana desde los tiempos protohistóricos ha sido alrededor de los 100 años. Y cuanto se ha dicho de los primitivos egipcios, arcadios y demás longevos de otras edades, ha resultado simplemente una diferencia de cómputo, una distinta distribución del tiempo.

Esto en cuanto á los hechos. Respecto á números, véase lo que dice la estadística á partir de principios del siglo pasado, en que esta clase de trabajos ha adquirido desarrollo y verdadera organización. Compárense al efecto dos estados, uno del año 1780 y otro del 1880, y se verá en el transcurso de un siglo las variaciones que ha experimentado la duración media de la vida.

Sobre 1.000 individuos nacidos en la misma fecha, sobreviven en las distintas edades los siguientes:

| EIDADES | Número de los que sobreviven | |
|--------------|------------------------------|-----------------|
| | Estado de 1780. | Estado de 1880. |
| A los 5 años | 583 | 730 |
| 10 | 551 | 706 |
| 15 | 529 | 691 |
| 20 | 502 | 670 |
| 25 | 471 | 644 |
| 30 | 438 | 614 |
| 35 | 404 | 580 |
| 40 | 369 | 555 |
| 45 | 334 | 525 |
| 50 | 297 | 491 |
| 55 | 257 | 451 |
| 60 | 213 | 404 |
| 65 | 166 | 341 |
| 70 | 118 | 268 |
| 75 | 72 | 180 |
| 80 | 35 | 99 |
| 85 | 12 | 38 |
| 90 | 4 | 12 |

De la comparación de estos estados resalta, desde luego, que la mortalidad en nuestros tiempos ha disminuido mucho con relación al siglo pasado. Que es particularmente en las primeras edades de la vida en las que más se ha marcado la disminución de mortalidad.

Por consiguiente, que las enfermedades de la infancia y los riesgos y peligros de la juventud producen hoy muchas menos víctimas que en otros tiempos. Y así, de los 1.000 individuos de que parte el cálculo en los datos anteriores, resulta que en el siglo pasado mueren la mitad en los primeros veinte años, mientras que en el presente se mantiene y sobrevive la mitad hasta los 45.

Por otra parte, si de las anteriores cifras se saca el promedio de la vida, esto es, el tiempo de vida que corresponde á cada uno de los nacidos, repartiendo por igual el total de años vividos por los 1000, se ve que siendo el promedio de veintiocho años en 1780, asciende esta cifra en 1880 á treinta y siete años.

Los trabajos estadísticos de Inglaterra vienen dando los mismos resultados que en Francia.

En 1740 el promedio de la vida en aquel país era el de 24 años. En 1840 se elevó á 27 años, y según los últimos trabajos de Jaro, la vida media en Inglaterra es hoy superior á la de Francia.

Quetelet ha comprobado en Bélgica los mismos progresos en el mejoramiento de la vida.

Por fin las tablas de Kioer acusan en Noruega una cifra todavía más alta en la vida media de aquel país, pues de cada 1000 nacidos sobreviven:

| | |
|---------------|-----|
| A los 10 años | 780 |
| > 50 > | 570 |
| > 60 > | 486 |
| > 80 > | 157 |
| > 90 > | 26 |

En cuanto á la edad de 100 años, término extremo de la vida humana, la estadística acusa los siguientes datos:

Desde 1855 á 1885 se han registrado y comprobado en Francia 2629 centenarios, resultando una proporción de 7 por cada 100.000 habitantes.

En 1886 se registraron 184, de los cuales pudieron comprobarse 83. De los demás había muchos que carecían de documentos.

El más anciano de todos ellos era un vecino de Tarbes, que nació en Agosto de 1770 y que en Junio de 1888 gozaba todavía buena salud no obstante su edad de 118 años. Otro de los famosos centenarios de nuestros días fue el sabio Chevreul, que murió el año pasado á la edad de 103 años.

Actualmente el término medio de los centenarios que se registran en la estadística general de Francia es de unos 73 por año.

Investigaciones análogas en Inglaterra han dado un término medio anual de ochenta y siete.

Y en Grecia los trabajos de Ornstein han demostrado una longevidad muy considerable, pues llegan y pasan de los 100 años en la proporción de 9 por 80.000 habitantes.

Y con esto doy fin á mis apuntes, que basta ya de cifras y no han menester más comentarios.

Háganlos por su cuenta todos aquellos que, en circunstancias difíciles, de malestar general y de calamidades, oponen resistencia á los beneficios de la cultura, sin pensar que á esa cultura deben los medios de defensa y el mejoramiento de su propia vida.

R. Cervera Barat.

LAS CIGARRERAS.

Entre la gente del pueblo de Madrid, el de la cigarrera, es sin género de duda, el tipo más saliente y por lo tanto el más digno de estudio.

Parece que los años no han trascurrido y la cigarrera de hoy conserva el tipo que, copiando á los de la época turbulenta del hermano de Napoleón, hicieron célebre tonadillas y sainetes en corrales, figones y posadas secretas.

El afrancesamiento de que alardean los modernistas en todo, ha sido rechazado por la cigarrera aferrada á sus costumbres, pensamientos y modas, como si para ella nos encontrásemos en pleno florecimiento del sainete en el teatro, los frescos en los muros, el zapato de cinco puntas con galgas en los pies y la

ancha franja de velludo en la terciada mantilla.

La fábrica de cigarreros de Madrid ha tenido siempre fama de guardar, guapetas, como el campo en día de niebla, en el polvillo dorado que hace el tabaco al enturbiar el aire, las chuladas más guapas de la villa que recibió para siempre la categoría de corte, que las intrigas de un duque de Luena concedieron por breve tiempo á la ciudad vallisoletana, con disgusto grande de las ciudades extranjeras que tenían á la antigua Mantua como hermana mayor y preferida, bajo cuya dirección habían de componer sus cortesanas costumbres.

En la humilde esfera de la sociedad, conquistar un puesto de cigarrera de la Fábrica, viene á ser como lograr una alternativa de mujer de rumbo, de gracia y de atrevimiento.

Las *Muestras, Conchas, Peninsulares, Comunes*, etc., títulos que conceden á las cigarreras las labores á que se hallan consagradas, vienen á ser las reinas de la fábrica, y el llegar á ser maestra de un rancho ó partido á la que peinen las que de ello entiendan; á quien al terminar la escena la regalen mazos de puros de lo mejor elaborados para que cobre su importe y con él se quede; á la que en día de su santo ó su boda obsequien con la franca largueza, característica en las hijas del Lavapiés, Rastro y Cebada, y tenga, en suma, la superioridad absoluta sobre una cincuentena de mujeres, vale y significa tanto para la cigarrera que pasa sucesivamente por las fases de pitillera, embotadora, empaquetadora y cartuchera, algo así como un arzobispado ó el primado de las Españas para el pobrelego mendicante ó el lampiño seminarista.

Haciendo perfecto contraste con el tipo común de la cigarrera, alegre y decidida, valiente como un coracero y arriesgada como un matarife, existe en las Fábricas de Tabacos las llamadas *espalladoras*, montón de huesos que se mueven, encarnaciones (si tal palabra puede emplearse donde la carne no juega papel alguno) de esas fantasmas con que los niños sueñan después de un día de encierro en el cuarto obscuro, mormas con un resto de espíritu que se dedican á la poco divertida tarea de limpiar el tabaco de los pelos que contenga.

La sección del *espallado* en las Fábricas, viene á ser el Consejo de Estado, donde el tiempo arrincona méritos y servicios por premiar de algún modo á los que pueden ostentarlo.

Cada anciana espalladora, es un trozo de historia conservada en pergamino.

¡Lo que ellas saben! ¡Lo que ellas han visto! ¡Lo que ellas cuentan!

Los guardias de Corps fueron sus últimos amantes; por sus manos, entonces sonrosadas, pasaron las primeras relucientes peluconas con la abultada efigie del rey Carlos III; presenciaron la restauración del Corral del Príncipe; trataron á los abates y usas, y aun sirvieron de *Maya* ostentando su hermosura asomadas á las ventanas de su casa repletas de albahaca, verbena y rosas de pitillero.

Cuando se entra en las salas del *espallado* se siente emoción análoga á la que se experimenta al penetrar en el Museo que ocupa lo que en un tiempo fue Casino de la Reina. La arqueología infunde siempre respeto.

¡Cuántas palmas, estas pobres mujeres, siguiendo la poética costumbre de las cigarreras de todos tiempos, no habrán colocado sobre los ataúdes blancos de sus compañeras de profesión muertas en la juventud! ¡En cuántos motines no habrán hecho sobresalir su voz, animando á las indecisas, dando fortaleza á las tímidas, desbaratando el edificio, pidiendo protección á la fuerza armada y rompiendo la cabeza del primer valiente que se arriesgara á dársele!

El progreso tiene herida de muerte á la clase de cigarreras, y hoy que se cose, se escribe, se habla y hasta se piensa con máquina, la de elaborar el tabaco parece que se impone.

Sea de ello lo que se quiera, la cigarrera vivirá siempre en nuestra historia, como viven el candil de Luceña, la preciosa ridícula, los caballeros serventes, los ochavos morunos, y todos esos detalles que no pueden hermanarse